

ÍNDICE

Prólogo	
<i>Javier Puebla</i>	IX

Circular C1: Cuatro Caminos/Embajadores	
<i>Arantza Portabales Santomé</i>	1

ACCÉSIT

Anatomía de un Grito	
<i>Leonardo Martínez Expósito</i>	27

SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

La votación	
<i>Isbel González González</i>	51
Las brujas	
<i>Carlos Ruiz Castillo</i>	85
El aguinaldo de Navidad	
<i>Francisco A. J. Mata Hernández</i>	103
El paraguas rojo	
<i>Alberto Palacios Santos</i>	139

CIRCULAR C1:
CUATRO CAMINOS/EMBAJADORES

Arantza Portabales Santomé

(Primer Premio)

BIOGRAFÍA

ARANTZA PORTABALES SANTOMÉ (SAN SEBASTIÁN, 1973). Licenciada en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela y funcionaria de la Escala Superior de Finanzas de la Xunta de Galicia.

Ha publicado microrrelatos en libros colectivos como «40 plumas y pico», «Las Palabras Contadas» «Lectures d'Espagne. Volumen 2», «Cincuentos», «Microvuelos» «Un tiempo breve» y «Escribo 3». Su relato «Sábado carnívoro» ha sido traducido y publicado por la revista de microficción: *Short fiction: Awful plumage*.

Ha resultado ganadora y finalista en diversos certámenes de microrrelato: Relatos en Cadena de la Cadena Ser, Wonderland, Esta Noche te Cuento y La Microbiblioteca.

En 2015 publicó su primer libro *A Celeste la compré en un rastrillo* (editorial Zaera Silvar). Ese mismo año, su primera novela en gallego, titulada *Sobrevivindo* ganó el XV Premio de Novela por Entregas de La Voz de Galicia y fue publicada por la editorial Galaxia. En 2017 publica una nueva novela, también en gallego, con la editorial Galaxia: *Deixe a súa mensaxe despois do sinal*.

Desde 2013 publica microficción en su blog: <http://unanubedehistorias.blogspot.com.es>

C1

Circular 1



2 Reserva de paradas de la calle a su solicitud 3 Búscalos este agosto

1 Buzón de sugerencias 2 Buzón de quejas 3 Buzón de sugerencias 4 Buzón de quejas 5 Buzón de sugerencias 6 Buzón de quejas

Tipo de día	Horario de salida de cobertores		Frecuencias de paso programadas	
	Primer servicio - Última salida	Embajadores	Horas	Frecuencias
Lunes a Viernes Laborables	5:35 - 23:00	6:00 - 23:30	De 6 a 8 De 6 a 21 De 21 a 23	- Calle 5-9 min. - Calle 6-8 min. - Calle 6-11 min.
Sábados Laborables	5:35 - 23:00	6:00 - 23:30	De 6 a 10 De 10 a 22 De 22 a 23	- Calle 10-14 min. - Calle 6-7 min. - Calle 8-11 min.
Domingos y Festivos	7:00 - 23:00	7:00 - 23:30	De 7 a 8 De 6 a 9 De 9 a 10 De 10 a 23	- Calle 10-20 min. - Calle 15-20 min. - Calle 8-16 min. - Calle 8-12 min.

Hace un par de años que la Nasa publicó esa fotografía de la galaxia Andrómeda. Recuerdo haber visto la foto en un telediario. Mil quinientos millones de píxeles. Mil. Cien mil. Un millón. Mil millones. Da igual. Soy incapaz de hacerme una idea en mi cabeza de lo que eso supone. La sacaron con el Hubble. Nunca hubiera imaginado que la pelirroja de gafas tuviera esa imagen como fondo de pantalla en su iPad. Ni que yo fuese capaz de recordar la resolución con la que la Nasa fotogra-

fía el espacio. Es increíble la cantidad de datos insignificantes e inútiles que podemos acumular en la mente. He visto esa imagen y al momento he recordado la noticia. Quizá es porque ese día estrenábamos una televisión de cincuenta y cinco pulgadas. Recuerdo haber pensado que Andrómeda era digna de la Capilla Sixtina. Que Miguel Ángel debería haber pintado un firmamento así para la posteridad. También recuerdo haberme sentido pequeño frente a mi televisor enorme de mil quinientos millones de pulgadas, comprado con la extra de Navidad. Caty hablaba de ir a Lisboa en Semana Santa. Era enero. Todo eso recuerdo. Me entran ganas de decirle a la pelirroja lo de los mil quinientos millones de píxeles. Seguro que lo sabe. Quiero decir, que ella ha elegido como fondo de pantalla esa fo-

tografía entre un montón de fotografías. Eso significa que es importante para ella. Yo tengo como fondo de pantalla la foto de una Superluna de 2014.

—¿Cómo dice?

La pelirroja me está mirando con cara extrañada. He debido hablar en voz alta. A veces me sucede. El otro día le dije a Caty que el viejo de la gorra de pana llevaba tres días sin subir en Goya. No sé qué contestar. No sé cómo reaccionaría si le recitase este cúmulo de pensamientos inconexos. La pelirroja pensaría que estoy loco si le hablase de millones de millones de píxeles, de pulgadas de televisor o de cómo debería haberse dibujado el cielo en la Capilla Sixtina. Aún así, abro la boca para explicárselo, para callarme un segundo después. Va a bajarse en Joaquín Costa. Lo hace todos los días. No me dará tiempo

a contárselo. Quizá tendría que contarle que ya no tengo iPad. A ella no. A Caty.

—Nada. Pensaba en voz alta. Disculpe.

Es la segunda vez que hablo con ella. Una vez la llamé para advertirle que se dejaba el paraguas. «Se deja esto». Eso le dije. Lo de la Superluna es más difícil de explicar. No importa. Se bajará en menos de un minuto. No tengo ni idea de a qué se dedica. Hay gente así. Gente que podría ser estudiante de biotecnología o asistente del hogar. Gente plana. Transparente. Luego están los otros. Los que parece que llevan escrito en la frente a qué se dedican. Pisan fuerte. Se hacen notar. Y todo el mundo sabe para qué están aquí. Para qué están en el mundo. Estudiantes de medicina, abogados, monitores de gimnasio. No sé dónde encasillar a las peluqueras. Me fascinan las peluqueras.

He bautizado así a las que cambian de corte y color de pelo todas las semanas. A lo mejor no son peluqueras. A lo mejor son simplemente mujeres con ganas de experimentar. De dejar de ser transparentes. Las menores de treinta se ponen colores imposibles. Y se tatúan muchísimo. Me gustan los tatuajes. Una vez me tatué una letra china en la espalda. Fue en una convención de ventas en Lanzarote. Estaba muy borracho. La gente transparente solo hace estas cosas cuando está borracho. La pelirroja se levanta. Es su parada. Me gusta la repetición de las paradas. Y de las gentes que suben y bajan. La vida reducida a un patrón algorítmico. La misma parada, la misma persona. Me gusta que se repitan sin margen de error. El viejo de la gorra de pana volvió ayer. Con su «marca» bajo el brazo. Un

poco desmejorado, con cara de gripe aún. Me alivió verlo. Las mismas paradas, las mismas personas. Todos los días igual. Y en Narvéez subirá la rubia que trabaja en una gestoría. Habla constantemente por el móvil. Campaña de renta. IVA. Contabilidad de empresas. Masca chicle sin parar. El viejo de la gorra de pana la mira siempre con desprecio. Como diciendo: *no hay necesidad. Ya trabajarás al llegar.* A lo mejor la rubia no llega a ningún sitio. A lo mejor se sube al autobús con la única finalidad de mostrarnos que es muy competente. Quizá se baja en Puerta de Toledo y se dirige a una cafetería, para pasar toda la mañana allí, hablando en voz alta de cómo sacarle un mayor rendimiento fiscal a un plan de pensiones frente a desconocidos que escuchan admirados su verborrea tributaria.

Es una opción. Al principio yo también iba a cafeterías e incluso a alguna biblioteca pública. Hasta que un día encontré a mi cuñada en un bar del centro y no supe qué decirle. El autobús, sin embargo, me protege. Estoy en tránsito, en movimiento. Incluso aunque se subiese Caty en la siguiente parada podría decirle que vengo de ver a un cliente. Que llegaré a la hora de siempre. Que esta tarde igual tengo que volver a la oficina. Que a dónde va ella. Y me bajaría en la plaza de España, después de darle un beso. Y no pasaría nada. Aunque no sé qué sentido tiene que no pase nada. A lo mejor necesito que pase algo. Podría empezar por decirle que no podemos ir a Ámsterdam como Chema y Lucía. No, eso no. No puedo hacerle eso. Tengo que inventar algo. Le diré que no tengo vacaciones. Me inventaré un viaje